

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Páginas

La «Pasión» en un pueblo catalán.....	3	Arturo Gazul.
Ideario Extremeño	9	Juan Meléndez Valdés.
Nuestros clásicos: El amor de los amores. En torno a Don Miguel de Unamuno (II y último)	10	Carolina Coronado.
Milagro de Dios (Meditación).....	13	Francisco Marcos López.
Crítica y propaganda.....	20	Jesús Delgado Valhondo.
«La Cuca» (Romancillo patético).....	21	† Francisco Belmonte.
«Lacrymae rerum» (Vieja estampa de Se- mana Santa).....	25	Pedro Romero Mendoza.
En el Gólgota y Saetas.....	29	A. Manzano Garias.
Mauriac y su mundo en sombras	32	Manuel Monterrey.
No quiero ser vieja.....	33	Santos Sánchez-Marín Paniagua.
Apuntes para un episcopologio placenti- no: Un Testamento.....	37	Eladía Montesino.
Cazador de imposibles	39	Juan Tena Fernández.
El surrealismo y mi poesía	46	M. Ostos Gabella.
La Noche	47	Manuel Pacheco.
Portugal y Guadalupe.....	53	Eugenio Payo.
Marina.....	54	Gervasio Velo.
Algo sobre la revolución rusa.....	57	Miguel Bo, rachero.
Pincelada	58	José M.ª Chamorro.
La salida del Señor del Gran Poder, de su Iglesia.....	60	Monola Pérez de Pérez de Villar.
Crítica sin hiel.....	61	Amantina Cobos.
Llamas de capuchina.....	63	Un Aprendiz de Hablista.
De todo un poco: Configuración, métrica y estado actual del Universo físico....	66	José Canal.
Letras de luto: El Padre Bayle	67	Eliseo Ortega Rodrigo.
Francisco Belmonte y Romero	76	Ricardo Becerro de Bengoa.
Antonio Flores Moreno.....	78	La Redacción.
Mirador: Crónica	79	Monuel Delgado Fernández.
Recensiones.....	81	Curio O'Xillo.
	86	C. C. «Omar el Zegri» y Valeriano Gutiérrez Macías.
Notas breves: De dentro y de fuera	94	José de la Peña.
Noticia de Revistas	95	José Canal.
Rectificación en la prensa periódica: Normas	97	
Láminas.....		
Ilustración.....		

«La otoñada en Extremadura», por
Adelardo Covarsi, Fotos Oliven-
za, Gudiol y Javier.
Solís Avila.



ALCANTARA



Año IX

ENERO - FEBRERO - MARZO DE 1953

Núms. 63-64-65

“LA PASION” EN UN PUEBLO CATALAN

OLESA de Monserrat es una villa situada al sur de esta montaña, de unos seis mil habitantes. Tiene una vida próspera fundada, como en tantos otros pueblos catalanes, mitad por mitad en la agricultura y la industria. Una fértil campiña regada por el río Llobregat y varias fábricas ocupan los brazos de sus habitantes, gentes laboriosas, honradas y cultas. Su buena urbanización, la afabilidad que dispensa a sus visitantes, el tono de bienestar que se advierte en sus clases sociales; la ausencia de esa miseria tan triste como sucia y desastrada, frecuente en los pueblos de otras regiones; un sentido, en fin, de armonía social, de trabajo fecundo y de equitativo reparto de la propiedad y la riqueza, hacen de Olesa un pueblo modelo que deja en el viajero una grata impresión y el deseo de volver a pisar sus calles y de gozar nuevamente de la representación de «La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo» que allí se celebra cada año en la Cuaresma. Se trata de uno de los espectáculos más emocionantes, tanto desde el punto de vista religioso como del estético, que hoy sea dado admirar en el mundo.

«La Pasión» de Olesa no es una imitación de la famosa de Oberammergan, pero guarda no pocas semejanzas en cuanto al espíritu que la informa y al entusiasmo colectivo que preside su realización escénica. La de aquel pintoresco pueblo de Baviera tuvo su origen en una promesa. Habiéndose declarado una terrible epidemia por aquellas sierras ofrecieron sus habitantes representar cada cuatro años la «Pasión de Nuestro Señor» si se libraban de la peste, con la colaboración de todos desde el más rico al más pobre. Si mal no recuerdo sucedió lo que refirió a mediados del siglo XVII. Como Nuestro Señor libró a la aldea del contagio se iniciaron al año siguiente las representaciones que, acordes con la promesa, se han venido dando cada cuatro, salvo las suspensiones forzosas que impusieron las guerras. A tal grado de perfección han llegado estas representaciones, que para presenciarlas acuden gentes de los más lejanos países

«La Pasión» de Olesa data como la famosa de Oberammergan,

del siglo XVII. Hacia 1640 consta que ya se representaba, organizada por la «Cofradía de la Purísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo». Sus intérpretes eran por entonces niños y el importe de lo que se recaudaba destinábase a los pobres y a sostener cultos de la cofradía. Detalle curioso: durante varios años las representaciones se dieron en un gran almacén que servía de depósito de aceite a los frailes de Monserrat: después en un molino de aceite. Del monasterio bajaba cada año un religioso para montar y dirigir el decorado de la improvisada escena. Monserrat irradiaba en toda aquella comarca del Llobregat sus resplandores de fe y de amor a la excelsa patrona de Cataluña. Al mismo tiempo era un foco de cultura y de sabias enseñanzas. Todos estos pueblos que vivían a la sombra de la montaña sagrada eran de una ferviente y profunda religiosidad. La huella ignaciana había perfumado aquellos senderos un siglo antes de místicos arrobos.

Podemos imaginar lo que serían aquellas primitivas representaciones en un molino de aceite: ingenuas y angélicas, como bajo la consigna de la palabra amorosa de Jesús cuando dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí». Eran ellos los que interpretaban su «Pasión, Muerte y Resurrección» sintiéndolo vivir, amar y padecer en sus puros corazones y a través de su verbo nativo ungido por la gracia evangélica. E imaginamos también las lágrimas de dolor y de gozo de aquel auditorio—padres, abuelos, hermanos de los infantes—identificado con el sublime drama de la Redención, siguiendo anhelante las escenas del drama sacro desgranadas por las dulces voces infantiles, esas mismas voces que hoy cantan las glorias de la Madre en la Escolanía de Monserrat. Las mismas, que de generación en generación mantienen su timbre de pureza en los hijos niños de la familia cristiana, como si en sus gargantas anidaran místicos ruiseñores y repicaran rituales campanitas de oro y cristal. En un rústico Molino de aceite, ¿por qué no? Aún oloroso aceite en la Cuaresma, que así en aquellas representaciones venía como a rescatarle su sentido simbólico y litúrgico. Oleo exprimido del fruto del árbol cuyas ramas son emblema de la paz de Cristo entre los hombres de buena voluntad. Oleo que unge a la humana criatura confiriéndole la divina gracia al nacer, al morir. Oleo del árbol amado de Minerva, la diosa de la sabiduría y de la guerra, que Nuestro Señor liberó de su símbolo pagano, no sólo para la paz sino para apurar el cáliz de su amargura a la sombra de sus ramas benéficas en el Huerto de Getsemaní. Ramas que le acogieron temblorosas de gozo triunfal y dramático a la entrada de Jerusalén.

Hay coincidencias que teniendo aparentemente un origen baladí adquieren después un sentido de transcendencia espiritual. No hallarían los devotos habitantes de Olesa mejor local para representar la Pasión que aquel molino de donde los cristianos hogares del pueblo sacaban su aceite para el año y la Parroquia el de sus lámparas votivas. Lamentarían los buenos olesanenses la desnuda pobreza del local y la falta de un teatro donde las representaciones tuvieran mayor lucimiento. Y sin embargo, yo veo tanto en haber si-

do los niños los primeros intérpretes del drama sacro como en el local elegido una clara predestinación de perennidad en sus representaciones. Todo lo que en el mundo perdura con fuerza espiritual invencible ha nacido en la humildad y ha sido engendrado por el amor y la fe. De aquel elemental molino salió ungida con el óleo de su propia tierra, santificado por el fervor católico de todo un pueblo, la Pasión de Olesa de Monserrat.

* * *

Aquellos niños eran envidiados por los hombres, por los que a su vez de niños habían representado la Pasión. Y hubo ya unos cuantos que no se resignaron a no representarla de mayores. No queda nada del primitivo texto, del de las representaciones infantiles. Sin duda era demasiado ingenuo y no estaría exento de interpretaciones populares incorrectas desde el punto de vista literario. Había que procurarse ya un nuevo texto a fin de que el Drama Sacro pusiera mayor elevación artística y que respondiera al anhelo general de perfección que sentían sus nuevos intérpretes. En 1792 se encargó este trabajo a un fraile trinitario descalzo, Fray Antonio de San Jerónimo, residente en un convento de Barcelona. Compuso una especie de auto en verso, concebido para ser representado en un escenario dividido en tres partes, de modo que no fuera necesario el cambio de decoraciones, procedimiento romano que modernamente hemos visto empleados en algunos teatros extranjeros.

El auto del Padre Antonio de San José entusiasmó a los Olesaneses pero todavía no se representó en ningún teatro sino en el molino citado, durante varios años. Se procuró mejorar la parte decorativa y cuidar la interpretación con tan feliz resultado que ya comenzó a atraer gentes de los pueblos vecinos. Con el reinado de Fernando VII entraron en el pueblo las discordias y los furiosos partidismos que a su muerte con la guerra civil, adquirieron extremada virulencia. En tal ambiente, cargado de odios y rencores, «La Pasión» dejó de representarse y así transcurrió casi un cuarto de siglo, no sin que el pueblo añorara aquellas representaciones. Este sentimiento latente podía traer el ramo de oliva que devolviera la paz a sus habitantes si se lograba reanudar las representaciones del drama sacro. En lograrlo puso todo su empeño un ilustre hijo de Olesa, D. Pablo Casas, construyendo un teatro que, según costumbre de la época, recibió el nombre de Principal. Tenía capacidad para seiscientos espectadores. En este flamante coliseo se volvió a representar la Pasión en 1847 y a su irradiación divina se debió que se acallaran todas las querellas políticas y odios personales, quedando restablecida la fraternidad cristiana. En esa eficacia evangélica de las escenas sacras más que interpretadas vividas por todo un pueblo, se inspiraron los guionistas de la película «El Judas», pero escogieron sus realizadores, para prestarle ambiente y apropiarse la colaboración esencial que requería el asunto, otro pueblo que podíamos calificar igualmente de Monserrasino, no distante de Olesa, Esparraguera. Allí también se representa «La Pasión» con no menor

esmero y fervor, aunque con medios escenográficos más modestos. No hay rivalidad entre los dos pueblos sino emulación. El entusiasmo y el espíritu de exaltación evangélica es el mismo, sino que Olesa, pueblo de mayores posibilidades económicas, ha podido presentarla con superior acopio de recursos artísticos y en marco teatral más amplio y suntuoso.

Sigamos la trayectoria de la «Pasión» de Olesa. Desde 1847 el texto primitivo que había sido transmitido de viva voz de generación en generación y sufrido por ello algunas adulteraciones fué depurado y mejorado literariamente, imprimiéndose mayor movimiento escénico, con lo que los valores teatrales de la representación dieron más acusado relieve a la emotividad del grandioso drama. Aún así el pueblo anhelaba un texto de superior elevación poética y de lenguaje más a tono con el catalán moderno. Acaso perdiera la representación algo de su ingenuidad primitiva, aquel aroma de piedad un tanto barroca que le imprimió el fraile trinitario, pero había que contar ya con un público heterogéneo, llegado de otras regiones de España e incluso del extranjero, público exigente y en conjunto mucho más sensible a los valores estéticos del drama sacro. La completa refundición del texto primitivo corrió a cargo de un olesacense benemérito, D. Juan Povill y Adserá, que desde hace varios años viene dirigiendo las representaciones con unánime complacencia del pueblo. Su obra puede calificarse de original dentro del espíritu que informaba la primitiva versión y de su línea tradicional. Probó en ella el Sr. Pavill dotes excepcionales de poeta dramático y un prurito logrado de fidelidad evangélica.

Desde 1947 viene representándose este «auto Pasional» ya definitivo, sin que quede descartado tal o cual retoque o rectificación secundaria, en constante afán de perfección. Se consideró que la música que acompañaba a sus escenas resultaba anticuada y de instrumentación deficiente y fué acoplada al nuevo texto una nueva partitura del maestro compositor José María Roma, rebotante de inspiración y de sentimiento religioso.

Cerca de trescientas personas intervienen en la representación, contando la comparsa y el personal técnico y subalterno. Para los coros se cuenta con un orfeón femenino de cincuenta voces. Puede imaginarse el sentido de disciplina que requiere la perfecta sincronización de todos estos elementos, lográndose como se logra una maravillosa interpretación de conjunto. Los ensayos comienzan por Navidad. Todo el pueblo vive desde estos días pendiente de las futuras representaciones, pues, como se dice en el folleto anunciador del espectáculo: «está éste tan íntimamente identificado con el modo de ser de los oleanenses, que difícilmente se hallaría un solo individuo, por distanciado que estuviese ideológicamente de él, que no aportase su colaboración. Entre el zumbido de los telares, entre el ruido de los talleres o en el largo silencio de los campos, muchos hombres elevan su pensamiento a «La Pasión para hallar algo con qué enaltecerla». Es la obra de todo un pueblo de artistas, pero es también el unísono latido de un solo corazón cristiano. Habrá,

¿cómo no? quien excepcionalmente crea que presta sólo su colaboración a una obra de arte, pero su conato de rebeldía pronto quedará vencido por su divino sortilegio. Excepción que no puede darse entre sus principales intérpretes totalmente identificados con sus personajes. Acierto extraordinario de su director artístico, que lo acredita también como director espiritual, es la lechera. Y el comentario de los Evangelios en la parte correspondiente a cada personaje, de modo que el intérprete se penetra de su psicología y su humanidad durante los ensayos.

* * *

La representación se distribuye en ocho actos y cuarenta y ocho cuadros. No se limita estrictamente a la Pasión sino que comprende varios episodios anteriores de la vida de Jesús, de los más bellos y emotivos contenidos en los Evangelios. Comienza por el «Milagro en las bodas de Canaán». Le sigue el «Encuentro con la Samaritana» y termina el primer acto con «La elección de los Apóstoles». El segundo se inicia con la «Conversión de María Magdalena» y concluye con «La entrada de Jesús en Jerusalén». En el tercero se representa como final «La Santa Cena». Estos tres actos se ofrecen al público en sesión matinal dejándole dos horas de intermedio para la comida. A las cuatro de la tarde se reanuda la representación que comprende los cinco actos restantes. El cuadro con que finaliza el espectáculo es el de la «Ascensión de Jesús a los cielos». En total son cinco horas las que dura la representación.

La belleza plástica de estos cuadros es imponderable. Decorados e indumentaria no solamente revelan el buen gusto artístico de sus realizadores, sino un estudio profundo de la época y el ambiente. En todo, en el movimiento de masas, en la luminotecnia y la armonización de voces y agrupación que ha conjugado maravillosamente la intuición estética con el estudio inteligente y concienzudo de los Evangelios y de la Historia en aquella época, de tan inmensa transcendencia para la Humanidad. Pero el milagro de arte y de eficacia emotiva no se hubiera conseguido sin la colaboración entusiasta de todos los que intervienen en la representación, desde los principales intérpretes del drama sacro al último comparsa y al más modesto empleado en la maquinaria. La parte musical también resulta de una perfecta ejecución.

La labor de los aficionados actores requería un comentario detallado que no puedo dedicarle por no alargar esta ya extensa crónica. He de limitarme a mencionar especialmente la del intérprete de Jesús a cargo de Jaime Cañadell, impregnada de varonil ternura y de mística unción. No defraudar al encarnar la figura del Redentor confiriéndole su doble naturaleza humana y divina en un prodigio de comprensión y penetración supone un alarde de arte y de facultades sólo al alcance de los grandes autores. Ayúdale voz y figura y un sentido certero de sobriedad que nunca cae en la frialdad, tan frecuente en el actor moderno. Admirables la emotiva interpretación de María confiada a Josefa Puig, y la de María Paltor, be-

llísima muchacha, en la Magdalena. La de Judas, de perfil hebraico, realizada por Mariano Más, la de Tarrida en Pedro y la de Juan Po-vill en Pilatos que se diría la estatua viva de un senador romano, es-capada de un museo arqueológico. Y siento que la falta de espacio no me permita rendir el merecido elogio a los demás intérpretes del largo reparto.

Por Olesa han desfilado altas Autoridades eclesiásticas y civiles, así como relevantes figuras de la intelectualidad y del arte. Todos estos espectadores de calidad han dejado constancia de su admiración y entusiasmo en sendos autógrafos que los señores del Patronato de la Pasión muestran con legítimo orgullo. Voy a reproducir sola-mente algunas frases de los que gozan de mayor autoridad crítica, desde el punto de vista artístico:

Eugenio D'Ors: «De mí sé decir que después de haber asistido a infinidad de representaciones clásicas y de vanguardia en los países más gloriosos de su especialidad (Aquí la cita de varios espectáculos de resonancia mundial) no he visto nada realizado con tan potente y elocuente sobriedad, con un plasticismo tan noblemente con-movedor, como la Escena del Descendimiento, que no la creo igua-lada en su juego escénico por ninguno de los espectáculos ante-dichos».

Cayetano Luca de Tena, el exdirector del teatro Español, escri-be: «He salido de la representación sorprendido como profesional y edificado como ser humano».

Luis Escobar: «Viendo esta representación vuelvo a convencer-me de que no puede haber gran teatro donde no haya una gran idea que anime con el mismo fervor a los actores y al público».

Luis Monreal, crítico de arte del «Noticiero Universal»: «Renun-cio a expresar con palabras la emoción producida por lo que acabo de ver. Siento como nunca a España y pienso en el Caudillo que nos ha devuelto estas tradiciones. ¿Para qué más?»

Es lamentable que por una evidente falta de propaganda se igno-re en gran parte de España la existencia de estas representaciones. Sé de algunas personas que han asistido a las de La Pasión famosa de Oberammergan y que no tenía siquiera noticia de las de Olesa. Como este año terminan las obras del gran teatro que se ha cons-truido expresamente para «La Pasión», con capacidad para varios miles de espectadores, supongo que el Patronato intensificará la propaganda una vez que dispone de tan amplio local y que puede atender un número mucho mayor de peticionarios, muchos de los cuales, en los pasados años, no pudieron encontrar localidad por no haberlas solicitado anticipadamente. Las representaciones se celebran todos los domingos de Cuaresma, el Domingo de Ramos y el Día de la Victoria y desde Barcelona los medios de comunica-ción son rápidos y fáciles. No hay necesidad de pernoctar en Olesa. Vayan estas informaciones por si alguno de mis lectores sintiera el deseo de presenciar el espectáculo—la palabra me parece que lo rebaja—Sólo el «Misterio de Elche», se le puede comparar en emo-tividad religiosa.

Para terminar: todos los oleacenses que colaboran en «La Pa-sión» lo hacen desinteresadamente. Los ingresos de las representa-ciones se dedican a cubrir los cuantiosos gastos que originan las mejoras que se vienen realizando en su montaje y supongo que tam-bién se habrán destinado a la construcción del nuevo teatro. El he-cho admirable a que la aprobación del pueblo de Olesa, de todas sus clases sociales, es absolutamente gratuita y solo mira, en frase del folleto guía de la representación: «a perseverar más que nunca en el trabajo de sus hijos para llegar al ideal de obtener con nues-tra Pasión una Olesa digna, grande y católica, juntando todas las energías y aunando todas las voluntades». He aquí un pueblo ejem-plar y grande en su pequeñez urbana, en cuyo espejo debieran mi-rarse tantos pueblos españoles que viven, muriendo o desesperán-dose, cuando no buscando en bares y tabernas la copa del olvido de su aburrimiento, su tristeza y su desgana para toda empresa de cul-tura, de fraternidad y de elevación espiritual. Los pueblos se hacen o deshacen a sí mismos. Y hasta los hay con voluntad de suicidio,

ARTURO GAZUL



IDEARIO EXTREMEÑO

Nadie se rige por razón, ni sabe—qué codicia, qué teme, qué desea,—cuál cosa vitupere y cuál alabe.

Así el hombre infelice devanea,—sin que jamás el justo medio acierte;—y el mal de todos lados le rodea—, hasta que da por tér-mino en la muerte.

JUAN MELENDEZ VALDES